

1 Revelaciones en la oscuridad

«He extrañado la oscuridad», me digo en un susurro, contemplando la noche. Frente a esta noche, en su estado original y primordial, frente a este constante terrestre, tan antiguo como nuestro planeta, cualquier mancha de luz artificial parece blasfemia. Instintivamente, apago mi linterna.

Libre de esta última luz rebelde, la noche se completa, inundando la selva a mi alrededor con una oscuridad perfecta. Veo negro. Respiro profundo. Me quedo quieto, esperando.

Estoy solo en la selva, parado sobre una gran piedra en medio de un río. Cada inhalación llena mi nariz y pulmones de un leve ardor de aire espeso y anormalmente caliente, incluso para la Amazonía. Mis pies descalzos sienten el calor y la textura áspera de la gran piedra sobre la cual estoy parado, mientras mis oídos se llenan del rugido del río, declarándose rey de esta selva.

A medida que mis ojos se adaptan a las tinieblas, empiezo a distinguir las formas de la selva entre las sombras: tonos negros, grises, azules oscuros, incluso blancos argénteos. Asombra lo que no vemos con luces prendidas... La luna es apenas una rodaja, e innumerables estrellas bañan cada hoja y piedra de este misterioso paisaje con una suave luz que riega alientos de sombra en estos suelos tropicales. Por todos lados asciende el vapor adoptando formas fantasmagóricas bajo la iluminación de los astros. Algunas son delgadas oleadas de neblina; otras son nubes tan enormes que parecen expandirse en cámara lenta.

Me acuesto en la piedra, hipnotizado por las emanaciones que se han adueñado de la noche. El vapor se condensa y se arremolina, bailando en

cada brisa bajo el cielo estrellado y hasta formando torbellinos de un pálido color grisáceo y azulado. Me siento en un sueño.

Un sudor ligero brota de mi cuerpo en contacto con la piedra cálida, y en mi piel expuesta al aire libre, siento las calurosas caricias de las olas de vapor, rogando que me mantengan vigilante, ya que estoy a un paso de una muerte violenta y sumamente dolorosa.

El río sigue rugiendo, sigue dominando el coro nocturno amazónico, sigue declarando que esta selva es indudablemente suya. Aquí fluye tan ancho como una carretera de doble carril, arrojando su formidable torrente caliente contra el borde de mi piedra, dejando al alcance de mi brazo la opción de quemaduras casi instantáneas de tercer grado. Mis sentidos están en alerta y cada movimiento es intencional.

Pienso en mis colegas que duermen en la pequeña comunidad cercana, soñando bajo la manta de protección de sus mosquiteros, mientras yo estoy como un sonámbulo en un sueño hecho realidad. No podré dormir hoy, no con lo que tengo enfrente. Mi corazón palpita con fuerza, pero estoy completamente tranquilo.

Mis ojos siguen el ascenso del vapor hasta que desaparece entre las luces de la Vía Láctea que cruza el firmamento. Ahora entiendo por qué los incas veían a la Vía Láctea como el gran río celestial, el camino a otro mundo de sombras y espíritus. También queda muy claro por qué los lugareños consideran a esta selva como un centro de tanto poder espiritual. Aquí se unen estos dos grandes ríos, conectados por el vapor que se eleva como una oración. Resuenan en mi cabeza las palabras del chamán: «El río nos muestra lo que necesitamos ver».

Esta se está convirtiendo en una de las grandes aventuras de mi vida. Será la historia que les contaré a mis hijos y nietos, y me doy cuenta de que en este momento, cada acción que emprenda le agrega un nuevo capítulo al relato. Cada segundo que pasa parece contener un significado profundo.

Un chorro de agua ardiente salpica mi brazo derecho. Me incorporo con el dolor inesperado que me ha despertado del ensueño. Acariciando mi brazo quemado, recuerdo las palabras de mi profesor de vulcanología en la universidad: «Los que mueren en los volcanes son los principiantes que no conocen los peligros y los expertos que han olvidado qué son los peligros».

Cuidadosamente me pongo de pie y con un salto calculado me encuentro en la ribera más cercana. La cama me llama. Le doy una última mirada al Río Hirviente antes de seguir el sendero a mi tambo (cabañita amazónica). No puedo evitar un susurro emocionado:

—Existe. Realmente existe.

Recuerdo que el chamán me dijo que el río me había llamado con un propósito, y presiento que una misión importante está a punto de comenzar. No dormiré mucho esta noche.

Los vapores bailan bajo la luz de las estrellas mientras recorro el sendero a mi tambo pensando en el río, en la selva oscura que lo rodea y en esta historia que espera ser escrita. Es una historia que empezó con una leyenda que escuché de niño, una historia de exploración y descubrimiento, acuciada por la necesidad de comprender lo que inicialmente parecía increíble. Es una historia de un encuentro de ciencia moderna y conocimiento tradicional —un encuentro no violento sino respetuoso— donde ambas disciplinas se unen en un asombro compartido por nuestro mundo natural.

En estos tiempos donde todo parece estar cartografiado, medido y comprendido, este río pone en duda lo que *creemos* que sabemos. Me ha obligado a cuestionar el límite entre lo conocido y lo desconocido, lo antiguo y lo moderno, lo científico y lo espiritual. Es un recordatorio de que aún quedan maravillas por descubrir, y que las encontramos no solo en el vacío negro de lo desconocido, sino también en el ruido blanco de la vida cotidiana: en lo que apenas percibimos, en lo casi olvidado, en el detalle aparentemente trivial de una historia.





2 La leyenda de mi abuelo

El susurro de agua caliente llenando una taza se difunde por el aire frío de la cocina. Por la ventana veo el marrón de los cerros andinos invadiendo el gris panza de burra del cielo limeño. El invierno en Lima siempre tiene cierta quietud, y este agosto no es excepción. Tengo doce años y estoy en casa de mi tía sentado en la cocina, esperando emocionadamente la llegada de mi abuelo.

Mientras miro el reloj, Dioni, la cocinera de mi tía, pela unas gordas zanahorias peruanas frente al fregadero. Dioni es como una abuela para mí.

—Qué bueno que has venido a visitar —dice sonriendo, pero sin apartar los ojos de sus zanahorias.

Dioni habla español con un marcado acento quechua. El quechua, el idioma de los incas, se habla de forma intencional y sin abrir mucho la boca. Una consecuencia, según dicen, de haberse desarrollado en las frías alturas de los Andes. Más de cuatrocientos años después de la conquista española, el acento de Dioni me sirve como testimonio de que no todo se perdió en la conquista. La lengua de los incas sigue viva.

—Tu tía dice que tu papá y sus hermanos te han llevado a Marcahuasi una semana. ¡Mucho frío, muy alto, y tú demasiado joven! —exclama Dioni con un cariño protector.

Yo sonrío, sentado en mi taburete, mientras meto unas hojas de color verde grisáceo en mi taza de agua caliente, dejándolas reposar hasta que el agua adquiere un tono dorado verdoso.

Dioni inspecciona las hojas y pregunta:

—¿Has traído de Marcahuasi? —se lo confirmo y me dice con emoción—: ¡Qué bueno! Esas son las verdaderas hojas de coca de la sierra, el sabor es mucho mejor que las bolsitas que compramos aquí, en el supermercado.

Doy un primer sorbo, saboreando el gusto profundo y terroso de la infusión. El sabor me transporta a la semana anterior, a casi 4.000 metros de altura, en la fría meseta de Marcahuasi. Me dio un *soroche* (mal de altura) debilitante y tomar mate de coca fue lo único que me hizo sentir mejor.

Escucho abrir una puerta y, por fin, veo a mi abuelo entrar acompañado por mi tía Lydia. Él extiende los brazos y yo corro hacia él, pero antes de poder abrazarlo me deja en risas con las muecas que hace. Algunas personas llevan el corazón en la manga; él lo lleva en la cara.

—¿Te invito a algo? —le pregunta mi tía—. ¿Té? —Mi abuelo niega con la cabeza—. ¿Café? —Él vuelve a negar—. ¿Inca Kola, jugo, agua... pisco?

Con esta última oferta mi abuelo se endereza señorialmente mientras una sonrisa ladina se extiende sobre su rostro.

—Bueeeeeeeno. Ya que me lo ofreces... —Me guiña el ojo.

Mi tía nos guía a la sala y desaparece antes de volver portando en una bandeja de plata una botella recién abierta de un pisco excelente, una servilleta de tela elegantemente doblada y una copa de cristal fino con forma de tulipán. Mi tía se despide para hacer mandados mientras mi abuelo se sirve. Brindamos, él con su pisco, yo con mi mate.

Me pregunta del viaje a Marcahuasi, pero antes de que le pueda responder, empieza a disertar sobre cómo él hubiera hecho todo mejor, con más detalle y eficiencia, si hubiera estado allí. Habla largo y tendido, y me distraigo viendo por la ventana.

¡Zas! Un golpe rápido en mi cabeza con una revista enrollada me llama la atención.

—¡Guanaco! ¡Escucha! Esto es importante —me regaña.

Yo le frunzo el ceño y tirándole una mirada intensa, me preparo para una discusión. Él me devuelve la mirada y yo me sorprendo al ver su expresión impaciente derretirse en una risa orgullosa.

—¡Jajaja!, ay papachito. La sangre llama. Reconozco esas muecas —dice con ternura mientras yo sigo con el ceño fruncido. Se vuelve a reír—. Está bien, cangrejo, si quieres te cuento una historia como tregua.

Me encantan los cuentos de mi abuelo y a pesar del golpe, acepto los términos, tratando de ocultar mi entusiasmo.

—Esta es una historia de aventura. Una historia de la conquista española del Perú, de la maldición de los incas y de una ciudad perdida, ocultada en la selva más profunda y oscura. Una ciudad hecha enteramente de oro.

Estoy fascinado, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, perfectamente inmóvil. Él sonríe satisfecho con su manejo de la situación y se premia con otro sorbo de pisco.

—Esta es la leyenda de Paititi —me dice en voz ronca y sonora.

—Paititi —repito asombrado.

—No creas que la conquista fue en nombre de Dios —continúa mi abuelo—. Claro, los conquistadores fueron acompañados por algunos monjes ingenuos, pero lo que ellos querían era oro y gloria. En 1532, Francisco Pizarro y sus hombres desembarcan al norte del Imperio incaico. Los incas estaban sumidos en una violenta guerra civil y, por lo tanto, tenían una sofisticada red de espías vigilando el Imperio.

»Desde que pisaron tierra, cada movimiento de los españoles fue observado y reportado. Los incas sabían que los conquistadores no

eran dioses, pero no lograban comprender su obsesión por el oro. Llegaban a los pueblos preguntando: “¿Dónde está el oro?”, y aterrorizando a los lugareños hasta que lo obtenían. Esta codicia por el oro era tan insaciable que muchos creían que los españoles tenían que comérselo para sobrevivir. Para los incas esta voracidad era perturbadora, ya que ellos consideraban que el oro era algo divino, las lágrimas del sol y un símbolo de vida.

»Atahualpa, el emperador de los incas, contemplaba qué hacer con estos extranjeros que hostigaban a sus súbditos. Un consejero le recomendó capturarlos y quemarlos vivos. Pero Atahualpa tenía curiosidad, no miedo.

»¿Qué amenaza podían suponer 170 ladrones blancos? Él, Atahualpa, era el dios-hombre más poderoso de la Tierra, señor sobre millones, comandante de más de 250.000. Era el hijo del sol y el maestro de la magia de los vientos.

»Atahualpa envió emisarios para invitarlos a Cajamarca y los conquistadores aceptaron. En lo que se suponía iba ser un encuentro pacífico, los españoles prepararon una emboscada y, a pesar ser menos numerosos, arrollaron a los incas.

»Ya prisionero, Atahualpa lanza una mirada desafiante a sus captores. Dicen que nadie podía sostenerle la mirada, era como mirar al sol. Ceremoniosamente, el emperador se acerca al muro más cercano y alzando la mano todo lo que pudo, traza una línea. Convoca a un sirviente con una mirada, y luego Atahualpa le susurra algo al oído. El sirviente les dirige la palabra a los captores: “El emperador dice que llenará este cuarto, hasta esta línea, una vez de oro y dos veces más de plata, si le perdonan la vida y lo liberan”.

»Los españoles aceptaron con la exigencia de Atahualpa de que ellos juren que respetarían los términos del acuerdo ante su dios, el dios español que les entregó al emperador.

»En dos meses el rescate de Atahualpa fue pagado con oro, plata y piedras preciosas que llegaron de cada rincón del Imperio. Atahualpa había cumplido y ahora solo faltaba ser liberado; saldría humillado pero vivo. Pero su liberación nunca llegó. Pasaron meses y aunque seguía vivo y en una relativa comodidad, seguía siendo prisionero.

»—No romperán el juramento que hicieron ante su propio dios, —repetía el emperador ansiosamente.

»Una noche, un sirviente se le acerca y le susurra: “Oí a tus captores decir que es demasiado peligroso dejarte vivo, romperán su juramento y vendrán a por ti mañana”. En ese momento un guarda español que pasaba vio al sirviente y le ordenó explicar lo que estaba haciendo ahí. “Le traigo hojas frescas a mi señor para el té de mañana”, respondió, entregándole a Atahualpa una bolsita de tela llena de hojas de coca. El guarda vio las hojas y le ordenó que se fuera. Atahualpa se preparó para el amanecer.

Contemplo la taza en mis manos y me tomo el último sorbo de mi mate de coca, imaginando cómo se sentía Atahualpa consciente de que sería traicionado.

—Cuando llegó la escolta armada para llevarlo al juicio —continúa mi abuelo— Atahualpa se encontraba sin armas con las que defenderse. Mientras se acercaban sus captores, sacó de la bolsita de tela tres hojas y tomándolas en sus manos proclamó: «¡Sean malditos por estas hojas, hombres blancos! ¡Mama Coca, véngame, recuerda esta traición y plaga sus naciones!» Lanzándoles las hojas de coca Atahualpa selló la maldición.

»Ejecutaron a Atahualpa, pero los incas siguieron luchando. Cuarenta años después, en 1572, se completó la conquista, cuando Túpac Amaru, el último emperador inca, fue colgado en la plaza de Armas del Cuzco delante de quince mil de sus súbditos.

»Con la conquista, el oro sagrado de los incas terminó saqueado, fundido y enviado a España. Era un botín incalculable, pero hasta esto quedaba corto comparado a la cantidad de historias y cuentos de gloria que acompañaban cada pepita de oro. Los ibéricos quedaron hechizados, y los que cruzaron los mares fueron bautizados con el rocío del mar en nombre de la conquista y así se engendraron nuevas olas de conquistadores, listos para convertirse en el próximo Cortés o Pizarro.

»Cuando estos le preguntaron a los incas dónde podían encontrar otra civilización para conquistar, los incas, para vengarse, les respondieron: “Hacia el este, más allá de los Andes, se encuentra la tierra de las plantas. Allí encontrarán a Paititi, una enorme ciudad hecha de oro”.

»Los españoles organizaron varias expediciones a la Amazonía y los pocos que volvieron regresaron con historias aterradoras. Contaban de incas que habían escapado a la conquista, y que al capturar a los españoles, los forzaban a beber oro fundido para finalmente saciarles la sed del metal dorado. Contaban que los amazónicos eran poderosos chamanes y guerreros feroces, cuyas flechas envenenadas mataban en segundos. Contaban de árboles tan altos que tapaban la luz del sol, de arañas inmensas que se comían a los pájaros, serpientes gigantes que devoraban a hombres enteros y hasta de un río que hervía.

»El bosque resultó un abrumante laberinto verde, lleno de peligros. El hambre, la sed y la locura fueron sus únicos compañeros, salvo por los moscos y zancudos, siempre presentes, que los dejaban sin sangre y sin dormir. Nunca encontraron a Paititi, y la selva donde esperaban encontrar al Edén, les resultó el mismo infierno.

Mi abuelo espira, recostándose en su silla para disfrutar otra copa de pisco. Yo estoy hechizado, incapaz de articular ni una palabra, e imaginando a la selva, la misteriosa Paititi, y las imágenes de chamanes poderosos, serpientes gigantes y un río burbujeante escondido.

dido entre nubes de su propio vapor. Ni siquiera me doy cuenta de que mi tía ha entrado.

Ella estudia la botella, ya por la mitad, y frunce los labios.

—Veo que te ha gustado —le dice a mi abuelo enfadada y llevándose la bandeja. Mi abuelo se ríe orgullosamente y viéndome con su sonrisa pícaro, me dice:

—Ay, papachito, ¿sabes?, siguen buscando a Paititi, bajo este y otros nombres. Pero recuerda esto: la selva guarda muy bien sus secretos, y no se opone a quedarse con los que van tras ellos.

3 Preguntas estúpidas

—¿Un río hirviente? —pregunta el geólogo ejecutivo con un tono burlesco. Lleva un traje caro, tiene el cabello gris y meticulosamente peinado, y arrugas bien definidas. Su rostro es del Perú moderno: una mezcla de indígena con europeo. Habla con la confianza y la autoridad que le confieren décadas explorando los lugares salvajes del país y su oficina formidable exhibe los trofeos de sus aventuras: ejemplares de rocas y minerales, *huacos*, artefactos y objetos culturales provenientes de todas partes del Perú. No puedo evitar pensar que estoy en el estudio de un conquistador del siglo XXI.

—Sí —contesto—, la leyenda hablaba de «un río que hervía» en el corazón de la Amazonía peruana. Sé que a veces las historias se exageran, pero tengo curiosidad por si este cuento tiene algo de verdad.

Estamos en mayo del 2011, tengo veinticuatro años y soy un estudiante doctoral de geofísica en la Southern Methodist University (SMU), en Dallas, donde me estoy especializando en estudios geotérmicos. Estoy en Lima para llevar a cabo mi trabajo de campo doctoral, y tengo como meta realizar el primer mapa geotérmico detallado del Perú. Estos mapas de flujo de calor cuantifican la energía térmica que fluye por la corteza a la superficie terrestre, y tienen tres utilidades principales. En primer lugar, estos mapas identifican áreas con potencial para producir energía geotérmica, una energía renovable. En segundo lugar, aportan información que hacen la exploración petrolera más eficaz, minimizando el impacto ambiental de esta industria ya que implica menos pozos innecesariamente per-

forados. Por último, los mapas geotérmicos son una herramienta importante para entender mejor a nuestro planeta: los volcanes, las placas tectónicas, los sismos y muchos otros aspectos de las geociencias.

Pero no es fácil realizar un mapa geotérmico. Cada punto del mapa requiere datos precisos de las temperaturas subterráneas, además de kilos de muestras de piedras analizadas. Como científico geotérmico a menudo encuentro que kilómetros de roca me separan de las mediciones y las muestras subterráneas que necesito. Perforar un pozo nuevo es caro y puede tener impactos negativos en el medio ambiente; donde es posible utilizo pozos existentes de petróleo, gas, agua o mineros para avanzar con mis estudios. Mi búsqueda de pozos estudiables es lo que me ha llevado a reunirme con esta compañía.

Al geólogo de la empresa le gustó la idea de utilizar pozos ya perforados para estudios de energía renovable, pero mi pregunta sobre el río legendario lo ha dejado poco menos que impresionado.

—Andrés, te felicito. Eres un joven sobresaliente y esta metodología para desarrollar los mapas geotérmicos me parece muy innovadora —me halaga—, pero no te luce agregarle a este trabajo serio y científico preguntas raras sobre leyendas. En el Perú tenemos todo tipo de actividad geotérmica, generalmente son manantiales pequeños en los Andes. Una manifestación geotérmica tan grande como un río hirviente me parece insólito, especialmente en la selva. Ya debes de saberlo, tú eres el que está sacando el doctorado.

Era cierto que científicamente sonaba poco serio. La leyenda se me había olvidado por completo hasta el año pasado cuando visité a unos colegas en el INGEMMET (Instituto Geológico, Minero y Metalúrgico). Ellos estaban preparando un mapa de las manifestaciones geotérmicas del Perú, como aguas termales, manantiales y

fumarolas. Estudiar el mapa me despertó recuerdos de la leyenda de mi abuelo e imágenes del humeante «río que hervía». Mis colegas me explicaron que aunque sí habían encontrado manifestaciones geotérmicas en la selva, eran pequeñas y nada semejante a un río hirviente. La opinión general fue que era algo bastante improbable y que seguramente no era más que una historia exagerada.

Como mi abuelo ya estaba senil, había perdido mi conexión directa con el origen de la historia. Decidí preguntarles a otros geólogos, de empresas petroleras y mineras, universidades e instituciones gubernamentales, si alguien había oído hablar de este río en la Amazonía. Todos me respondieron que no, pero ninguno con tanta insistencia como este veterano geólogo.

—Dime, ¿qué se necesita para generar un río herviente? Necesitas un volumen de agua impresionante, una tremenda fuente de calor y, finalmente, la «tubería» subterránea que permita que el agua fluya hasta la superficie manteniendo su calor. Sí existen ríos hirvientes en el mundo, pero nunca he escuchado hablar de uno no asociado con un sistema volcánico o magmático activo, algo que no tenemos en la Amazonía peruana. Comentaste que tu mapa geotérmico nos ayudará a comprender por qué la actividad volcánica «se apagó» en gran parte del Perú hace aproximadamente dos millones de años. Tienes que ver lo improbable que es esta leyenda. La tradición oral está llena de cuentos exagerados. Sin duda, eres un chico con mucho futuro, pero te dejo con un consejo amistoso: no hagas preguntas estúpidas. Te hacen quedar mal.

Salgo de la compañía con el rabo entre las piernas y paro un taxi. «Debo de haber parecido tan ingenuo», pienso. «El viejo geólogo tiene razón: si quiero que me respeten como científico, no puedo hacer que gente importante pierda su tiempo con preguntas estúpidas. No encuentro ningún registro original de la leyenda, la ciencia

dice que es improbable, y los expertos nunca han oído hablar de un río semejante... a veces una historia no es más que eso: una historia.»